

Las regiones ambiguas de Veracruz: un ejercicio

*Jean-Yves Marchal
Rafael Palma Grayeb*

Región: “lo mismo sirve para un roto que para un descosido”, dice el viejo refrán popular que hace referencia a las cosas que se acomodan de múltiples modos en circunstancias distintas. Región: “Entonces palabra vacía, que contiene aquello que pongamos en ella... probablemente la palabra más oscura y más controvertida de la geografía”, escribe Roger Brunet sobre ella. Región: “femenino. Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias particulares de clima, producción, etc. Zool. Cualquiera de las partes en que se considera dividido exteriormente el cuerpo de los animales”, nos dice un diccionario de la lengua española.

Tenemos entre nuestras manos un término de viejo cuño que, actual por su recurrente uso en muchos ámbitos, se niega a perder sus connotaciones originales. Término vivo que nos resulta vago, oscuro, entonces temido por especialistas que prefieren darle la vuelta o saltarlo, incluso ignorarlo. Pero también un concepto espacial abarcador, luminoso como cuadro impresionista donde las fronteras precisas no existen, vocablo ahora vernáculo que cumple con la nominación de lugares dentro de la amplia gama de escalas de percepciones sociales. ¿Cómo manejar lo que lejos de ser letra muerta brota en nuestra cotidianidad en diversos sentidos? ¿Acaso su valor no crecería si la precisamos con más rigor? ¿O por el contrario, si la encapsulamos en definiciones, acaso tendría una muerte innecesaria?

Todo esto cobra sentido cuando nos situamos en una “región” particular. Veracruz, por ejemplo, es una entidad de la República Mexicana enmarcada por una larga serranía y el Golfo de México. Aquí los párvulos aprenden que dicha entidad tiene varias regiones: la Huasteca, el Totonaca-

pan, las Grandes Montañas, el Sotavento, los Tuxtlas. En ocasiones, territorios contenidos en los ya citados merecen ser llamados igualmente regiones: Chicontepec, Zongolica, Uxpanapa, la Mixtequilla. Según diversos autores, esta alargada entidad puede tener, sin conflicto aparente, tres, cinco, diez o veinte regiones establecidas por enfoques distintos: étnico, biogeográfico, económico, histórico, productivo, o todos a la vez, como pretenden ser concebidas las cinco primeras aquí mencionadas, aunque curiosamente la vigencia de algunas de ellas sea hoy cuestionable.

Esa variabilidad de modos de entender un mismo espacio obedece, en buena medida, a dos hechos: por un lado no existen consensos para definir sus límites, a veces ni siquiera precisar “el adentro” o “el afuera”; por otro, la formal gestión territorial ocurre sin tomarles en cuenta. Ante una voluntad de entendimiento —de comprensión regional—, se antepone una administración que subdivide su quehacer sin considerar su correlato espacial, por tanto el delimitar regiones termina generalmente en mero ejercicio académico. Hay aquí una cuestión delicada que es mejor explicitar.

El estado del Estado

Veracruz, al igual que el resto de los estados mexicanos, está subdividido en municipios: las unidades de gobierno más pequeñas en que se descompone el país según la Constitución de la República de 1917, así como en las respectivas Constituciones de cada estado federado. Estas unidades forman un primer mosaico sobre el territorio veracruzano, compuesto por 210 municipios, el cual convive con los otros dos niveles de gobierno (estatal y federal), que a su vez construyen sendos mosaicos sobre el mismo espacio, pero en este caso obedeciendo a necesidades específicas de las distintas dependencias de gobierno, según el nivel al que pertenezcan. El resultado es una mezcla difícil de descifrar. La geografía veracruzana del poder público acepta, además de los mencionados municipios, jurisdicciones sanitarias, inspecciones escolares, subdelegaciones estatales, comisiones en cuencas hidráulicas, intendencias eléctricas, distritos electorales, de riego, de desarrollo rural, petroleros, zonas marginales. Si a ello agregamos los otros espacios, privados o no, tales como obispados, zonas de las asociaciones ganaderas, áreas de influencia de ingenios cañeros o aso-

ciaciones no gubernamentales, bancarias u otras, resulta realmente difícil hallar una porción de Veracruz que no esté partida y repartida en distintos subespacios de administración de poder.

La fuerza de las cosas hace que todo el engranaje funcione sin demasiada fricción. Por fortuna, para sus habitantes sólo una docena de ciudades son centros de la mayoría de esas instancias que, finalmente, son visitadas con cierta cotidianidad por motivos de índole personal: reparar el vehículo, saludar familiares y aprovechar para renovar el permiso de conducir, por ejemplo. Ningún centro queda demasiado lejos, aunque vivir en lugares atrapados, en traslapes de las retículas administrativas, puede implicar moverse en distintas direcciones. Un ganadero del Papaloapan puede depender de los permisos de sanidad animal expedidos en el puerto de Veracruz, de las asambleas de la asociación en Cosamalopan, del crédito bancario obtenido en Tuxtepec (poco más allá de las fronteras del estado), de la compra del ganado en Acayucan y vivir en el municipio de Chacaltianguis. Normal y complicado. Válido cuando se nace y entiende desde siempre el sutil tejido de alianzas y fuerzas locales o foráneas, cuando se juega con libertad de elección entre los diversos territorios de control. Difícil cuando las negociaciones se difuminan en trámites ante diversas agencias de distintos niveles de gobierno; pero más cuando el terruño pierde su consistencia histórica y las identidades su significado, su valor. Es como no saber ser en su propia tierra.

La historia de las divisiones territoriales interiores no se ha escrito completa todavía, y aun hoy parece lejos de poderse concluir. Los viejos afanes de los poderes centrales por consolidar y garantizar la consistencia soberana del país, ahora se traducen en divisiones sectoriales del espacio que, por tanto, resultan *aespaciales*; a tal punto que no existe cartografía exacta o definitiva de los límites municipales en Veracruz. ¿Acaso esto es el estigma asignado al poder local más pequeño, sujeto o dormido, también negado? ¿Acaso enfrente de todo esto sólo reste la región, definida apenas como el espíritu de los lugares? La reversión de todo comienza, lentamente avanza. Ya se modificó la Constitución para fortalecer el fundamento legal del municipio mexicano, ya se discuten sus funciones precisas, sus derechos fiscales y presupuestarios. Y los conjuntos de terruños revitalizados pueden componer de nuevo las regiones como espacios más humanos, más propios.

En detrimento de una organización de la apariencia, la necesidad de la jerarquización

La confusión sobre el significado y validez de la noción de región como tal no es únicamente veracruzana. La Organización de las Naciones Unidas llama regiones a continentes o conjuntos de gran extensión, más políticos que geográficos: América Latina completa es una región. Y dentro de ésta última el Caribe puede ser calificada como una cuenca; el Golfo de México en su totalidad, de la Florida a Yucatán, como una región. En su turno, el estado de Veracruz también es presentado como una región o una cuenca, según el autor. Estamos ante una confusión total de los términos.

Región implica etimológicamente la raíz regio, como rey, atañe al verbo regir. En lo más vago, como hemos visto, región designa cualquier parte; su escala no esta definida. En lo más preciso, la región es natural: una cuenca hidrológica, una unidad física. En lo menos impreciso está la región funcional, a veces llamada polarizada, a veces homogénea. “Región no es cualquier porción del espacio. Es un espacio organizado por un sistema que se inscribe dentro de un conjunto espacial más vasto”, nos dice Dollfuss (1973: 101). Este mismo autor nos explica lo que se entiende por espacio:

El espacio geográfico es un espacio localizable, concreto... Si cada punto del espacio puede ser localizado, interesa entonces su situación puesta en relación en el conjunto dentro del cual se inscribe, y las relaciones que mantiene con los diferentes medios de los que forma parte... El espacio geográfico... se forma y evoluciona a partir de conjuntos de relaciones, pero estas relaciones se establecen dentro de un cuadro concreto: la superficie de la Tierra (Dollfuss, 1973: 5).

De esta manera, tampoco la noción de espacio resulta vaga, ciertamente amplia pero no imprecisa; y es amplitud que debemos dimensionar en términos de talla o extensión geográfica del fenómeno a estudiar.

En este sentido, nuestro enfoque se dirige a la jerarquización y comparación de los espacios, hacia ver de qué manera los espacios encajan en algunas sucesiones en el conjunto de tal ejercicio; nombrar a los espacios según una terminología apropiada. Cada tipo de espacio encontrado puede relacionarse con otro, encadenarse el más grande al más pequeño y vice-

versa. En otras palabras, se trata de pensar el espacio como una sucesión de conjuntos puestos unos dentro de otros. La técnica reside en tratar de deshacer un todo en subconjuntos, como en un juego de rompecabezas.

Una propuesta de jerarquización

A continuación presentamos un intento para hacer clara la estructura de los espacios “encajados”. Consiste en nueve niveles de ensamblajes estructurales geográficos, una manera de cortar el espacio terrestre en conjuntos homogéneos, del más grande al más chico, según su escala, fisonomía y estructura, encerrando éstas un cierto tipo de sistemas, es decir, la función que los espacios presentan. Otras subdivisiones podrían ser acogidas, como el área, entre región y país, o a la inversa: agrupaciones que se hagan entre niveles privilegiados. Para cada nivel debemos seleccionar un método de investigación específico que depende de la disciplina científica que se acerque a dicho nivel. La geografía es una de ellas y, obviamente, no tiene ningún monopolio. Lo que importa es que ella proponga una clarificación de las escalas espaciales.

Denominación	Ejemplos, correspondencias	Orden de tamaño	Escalas de estudio
Zona	Zona intertropical	10 millones de km ²	1/10 000 000
Dominio	Nivel subcontinental Amazonia. Trópico húmedo mexicano. “Mediterráneo americano”.	500 000 km ² o más	1/5 000 000
Provincia	Área que contiene un grupo de regiones: el Golfo, el Istmo.	Menos de 500 000 km ²	1/1 000 000

continúa

Región	Comarca. Llanuras de Sotavento. El Bajío, Los Tuxtlas, La Laguna.	5 000 a 50 000 km ²	1/500 000 1/250 000
País	Cuenca hidrológica. Microrregión. La Huasteca.	Hasta varias centenas de km ²	1/50 000 1/20 000
Terruño	Paisaje agrario. Espacios urbanos.	Menos de 100 km ²	1/10 000
Barrio	Sector urbano. Un pueblo y su espacio inmediato.	Menos de 50 km ²	1/5 000
Geofaces	Conjunto de parcelas o varias manzanas.	1 hectárea-1 km ²	1/1 000
Manzana Parcela Geotopo	El más pequeño conjunto que se puede determinar en el paisaje.	Menos de 1 hectárea	1/500 1/100

Región sí, ¿pero qué más?

Por lo general, cuando los científicos se apropian de la palabra región para dar un contexto espacial a su análisis, agregan un adjetivo para precisar su interés especial. Normalmente dicho adjetivo debería utilizarse para ayudar a caracterizar el espacio en cuestión, es decir, señalar aquellos elementos que definen la estructura del sistema. Pero es común que se use el calificativo al revés: se define el enfoque del estudio, no la región. En este último caso el concepto se empobrece a favor de cierto énfasis; también aparecen los supuestos sinónimos (zona, área, unidad) al faltar los niveles más pertinentes. En fin, se rompe el sentido del cambio de escala.

Pero ¿qué podemos decir sobre esos adjetivos que agregamos a la palabra región? Básicamente aparecen tres. La *región natural*, donde la organización del espacio, entonces del sistema, descansa esencialmente sobre

elementos físicos, bióticos o abióticos. En seguida, la *región histórica*, que nace de un largo pasado vivido por una sociedad que ocupa una porción del espacio. Es un territorio que no tiene posibilidades de convertirse en Estado, en nación, y que fue absorbida por una unidad política de mayor dimensión. Una región histórica puede tener límites mantenidos a lo largo de la historia, a lo largo de los tiempos, aun si los viejos motivos de su existencia han desaparecido. A veces su contenido pudo haber perdido toda utilidad para la gestión contemporánea del territorio.

Finalmente aparece la *región* llamada *funcional, moderna*. Es el espacio que ocupa una estructura actual, particular por el reparto de sus localidades, de las densidades de población, del diseño de los caminos; una estructura original del equipamiento, infraestructuras y producciones que da a esa porción del espacio su individualidad con relación a los espacios vecinos. En ellas, de más en más, la organización depende de las relaciones que se establecen a partir de las ciudades o de un entramado de localidades: las redes de caminos y ciudades. Esas mismas redes que crean solidaridad a partir de centros urbanos en un proceso de polarización. En ellas hay unidades motrices (bancos, industrias, administración, puntos de inversión de capital) que ejercen su influencia sobre el entorno mediato e inmediato. Podemos hablar de una *región funcional*, como aquella que se basa en los centros urbanos para definir sus relaciones con el espacio.

Muchos otros calificativos podrían acompañar al término *región*. Los cruces de variables, factores, características de cualquier naturaleza son obvias, para quien estudia el espacio, a partir del momento que esas variables desempeñan un papel en la repartición espacial. Hay características que no influyen directamente en el mosaico de situaciones, fenómenos o procesos que no entran en el reconocimiento, definición o delimitación de espacios particulares. Por ejemplo, y por definición, los rasgos físicos son permanentes, mientras los hechos históricos son temporales, algunos efímeros. Entonces interviene también una jerarquización, una opción: ¿qué es determinante, importante, o bien secundario, sin interés? Ciertamente la *región* bien entendida no necesita adjetivos: hablamos de un todo estructurado por el medio ambiente y la historia, de un sistema que funciona dejando huella en amplios paisajes.

De sistemas, homogeneidad y densidad

Podemos tener una región natural, económica, histórica; una gran región, una pequeña, una subregión. Todo es posible. Pero no deben olvidarse tres cosas que, unidas entre sí, le dan coherencia al conjunto: la función sistémica, el sentido de homogeneidad y la fuerza de las densidades.

Respecto a sistemas es claro que los numerosos y variados procesos que se desarrollan en la superficie de la Tierra no están aislados unos de otros, sino que se interrelacionan y algunos se convierten en decisivos, es decir, más poderosos que otros. Todos ellos ejercen influencias mutuas, por tanto son interdependientes (v. Bassols Batalla, 1977: 19). Entender y distinguir los procesos endógenos y exógenos que le dan sentido al conjunto regional, sus retroalimentaciones, su razón de ser y estar, es lo que marca nuestras cotas, tanto en el tiempo como en el espacio.

Por su parte, la idea de homogeneidad es consecuencia de la repetición de un cierto número de formas, de un juego de combinaciones, que se reproducen semejantes —lo que no significa idénticas— sobre una cierta porción del espacio terrestre (v. Dollfus, 1973: 8). Puede ocurrir, es obvio, tanto en las grandes zonas climáticas como la más pequeña porción del espacio. Un área homogénea es aquella que corresponde a la extensión de un paisaje. Es una misma formación vegetal, un tipo de topografía que se repite, un tipo de ordenamiento rural o industrial. En términos más generales, son las formas de ocupación del espacio que corresponden a una densidad de población, por ejemplo un grupo humano que se distingue de sus vecinos por técnicas agrícolas particulares.

Como se nota, la homogeneidad corresponde a una estructura particular de organización espacial. Y esta estructura es la parte visible de un sistema, imagen de una cohesión interna. Entonces la homogeneidad no es solamente un diseño de formas aparentes, sino que ella nace de un sistema de relaciones que determina las combinaciones que se repiten, análogas, sobre una cierta fracción del espacio terrestre, como escribe Dollfus (1973: 19).

Además, leer la densidad de población en un mapa constituye el primer paso hacia el conocimiento de sus lugares y su sociedad, debido a que la carga de población refleja la manera en que dichas sociedades usan, marcan con su sello el espacio, su espacio transformado en territorio. El cálculo es sencillo: se trata de obtener el cociente del número de habitantes por

unidad de superficie, generalmente por kilómetro cuadrado. Considerar y obtener las variables necesarias ya no es tan simple: ¿sobre qué base espacial calcular las densidades?, ¿qué porciones del espacio son más pertinentes para elaborar esa información?, ¿es posible o no ubicar con precisión los asentamientos y restituir, gracias a la cartografía, la realidad de la ocupación del territorio?, en fin, ¿qué contar y qué medir?

“El número de habitantes por km² es un eje esencial de la geografía humana”, nos dice Pierre Gourou (1979: 139), y continúa: “Al igual que el estudio de los paisajes humanos, que le está estrechamente ligado, el de la densidad de población lleva consigo todos los engranajes de la explicación geográfica: ¿Por qué tantos hombres en determinada superficie? ¿Cuáles son las técnicas de producción y de encuadramiento (político, económico) que justifican esta densidad?”. La densidad media de vastas extensiones permite hacer amplias comparaciones y deslindar regiones. Pero, para captar las realidades locales, se requiere tener en cuenta las densidades humanas de superficies pequeñas, porque los fenómenos que se producen en espacios densos son diferentes de los que aparecen en espacios de estructura ligera, fluida (Brunet, 1990: 88). Finalmente, el estudio de la densidad de población acrecienta su interés si toma en consideración el peso económico de las poblaciones interconectado con los paisajes humanos construidos: “Todo el engranaje de la explicación geográfica puede ponerse en marcha para explicar a la par la densidad de población y su peso económico” (Gourou, 1979: 140). Estructura y sistema, procesos y homogeneidades leídos por las densidades y su evolución, son todos elementos clave para abordar cualquier nivel espacial jerarquizado en el cuadro anterior. Entonces la región no debe evadirlos.

Pero hagamos un alto. No se trata aquí de abrumar al lector con una apretada síntesis del pensamiento geográfico contemporáneo, más sabiendo que las síntesis pueden contener mucho y finalmente no decirnos nada. El punto focal de estos párrafos no es otro que la inducción a explorar el espectro de posibilidades que subyacen al concepto de región, y comparar, a partir de Veracruz, los usos y abusos, concientes e inconcientes, reales o imaginarios que se mueven con dicho término. Se trata finalmente de proponer otras vías para acceder al conocimiento de dicha entidad mexicana.

La región entre dominios mal ampliados y subespacios: el caso de Veracruz

Tal parece que el orden del tamaño define las masas: extensiones, pesos demográficos, poder económico. Partamos del Golfo de México, espacio que parece la porción más amplia desde la perspectiva veracruzana, tal vez la porción de espacio más abstracta, para llegar al fraccionamiento del estado de Veracruz, y después a la parte norte de dicha entidad.

El Golfo y el Mediterráneo americano

El Golfo es un elemento dentro de otros espacios más vastos, según la escala en que nos ubiquemos. Es algo que agregar, primero, en el conjunto del *Sinus mexicanus*, reconocido y llamado como tal después del siglo XVII según viejas cartografías. Y este Seno, junto al Mar Caribe, encaja en otro espacio más amplio: el “Mediterráneo americano” (v. figura 1).

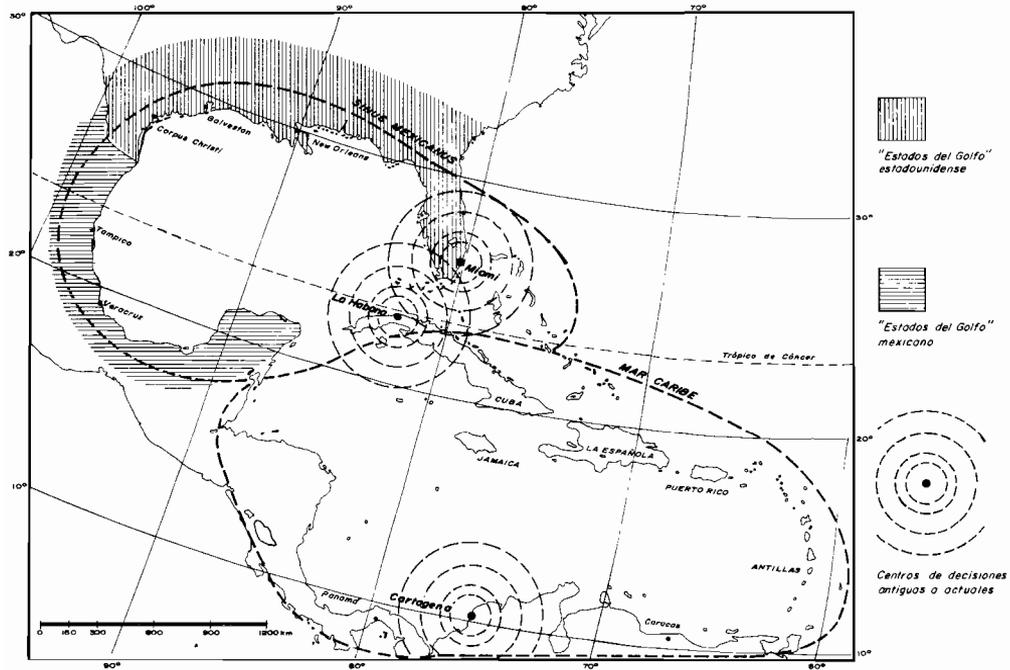
En este último nivel de observación se entiende que el Seno y el Mar Caribe son dos entes. Dicho en otras palabras, tenemos por un lado a las entidades del sur de Estados Unidos y del Golfo mexicano; por otro a las Antillas, más los estados del Caribe y los países de la América Central. Es un grupo geopolítico de una treintena de Estados independientes o territorios autónomos (incluyendo los estados mexicanos y estadounidenses) que le bordean o viven en su centro, un lugar real de encuentros.

Humboldt fue el primero en hablar de una “Mediterránea americana”. Después Elisée Reclus consagró el primer capítulo del tomo 17 de su Nueva Geografía Universal (1891) a una presentación del Mediterráneo americano o “América mediterránea” y de su evolución geopolítica. Este espacio incluyó, en ese fin del siglo XIX: Indias occidentales, México, istmos americanos y Antillas, sin entrar más en sus diferencias internas, producto de la historia.

Pero sobre todo, es desde finales de los años cincuenta, con la revolución cubana, y desde 1983, con el proyecto de Ronald Reagan llamado “Caribbean Basin Initiative” (préstamos financieros a los Estados del conjunto y facilidades para exportar), que el complejo “Mediterráneo ameri-

Figura 1

El mediterráneo americano: seno mexicano y mar Caribe



cano” existe como tal, puesto con relación a una coyuntura geoestratégica de primer orden para los Estados Unidos: la amenaza de la revolución cubana, la independencia de las posesiones británicas y la crisis política de América Central.

En oposición a esta visión de estrategia pura, se presentan dos concepciones locales: aquella que agrupa los Estados insulares anglófonos e insiste, a la vez, sobre la naturaleza afroantillana y la necesidad de una “integración regional”; otra, de inspiración más amplia, que da fuerte acento a la oposición entre los Estados del Tercer Mundo y los Estados desarrollados (Lacoste, 1982 y Panabiere, 1991).

El conjunto es un archipiélago de islas y tierra firme, con un mosaico de poblaciones, varios espacios de pobreza, variedad de paisajes y múltiples situaciones políticas y económicas al interior de sus fronteras. ¿Es esto un conjunto donde surge un “orden regional”?; y ¿cómo entender región, cuando los norteamericanos llaman a su propio territorio, de Florida a Texas, “regiones del sur”? Un “viejo sur” que por cierto conoció desarrollos importantes en los años 1960-1980: el crecimiento más elevado de Estados Unidos y la migración más fuerte a partir de los Estados del Caribe y América Latina. Así hasta que Miami se convirtió, desplazando a Panamá (antes durante los siglos XVI-XVIII lo fueron Cartagena y La Habana) como capital financiera del Mediterráneo americano. Dicho término actualmente se utiliza poco, pero encierra un enorme “espacio-movimiento”: una gran red de intercambios orientada al “Norte” y con una dinámica que se puede comparar con lo que pasa en el Mediterráneo del Viejo Mundo.

Así el Golfo de México, que no es estrictamente mexicano, tampoco escapa a los flujos de migrantes y mercancías, a ese espacio-movimiento que nos devela Panabiere (1991). Descrito por Monasterio (1995) a raíz de la Conferencia de Gobernadores del Golfo celebrada apenas el pasado mes de mayo, “El Golfo no es sólo una rívera, es un todo coherente, una cuenca cerrada con personalidad propia... un circuito radial de casi 5 000 km que empieza, del lado continental, en el Cabo del Este, en los “Everglades” de la Florida y culmina en el Cabo Catoche, en el extremo noroeste del procurrente yucateco. Cierra el círculo, al oriente, el lagarto verde de Cuba”. Descripción que enmarca el más reciente intento por favorecer “la integración de la cuenca en un ámbito de creciente conciencia subregional”.

La fachada oriental de México

Es cierto que México juega un papel dentro de este conjunto y del anterior, con su fachada marítima y sus puertos. Fachada costera que a su vez forma un complejo de entidades, que van desde el Río Grande, o frontera norte, hasta Yucatán. Aquí se suceden originalidades físicas y humanas que coinciden, más o menos, con la división entre los estados federales de la República Mexicana. La falta de homogeneidad hace que poco tenga que ver Tamaulipas con Tabasco, o Veracruz con Yucatán. Así como hablamos antes de un archipiélago terrestre respecto a los Estados de América Central, podemos proponer lo mismo con referencia a los estados costeros orientales de la federación mexicana. Son sucesiones de variedad de paisajes, mosaicos de población, densidades demográficas, estructuras económicas y sociales, así como de distintos niveles de desarrollo. La fachada oriental de México no es una unidad regional. Por lo menos, es un “dominio” compuesto de varias características.

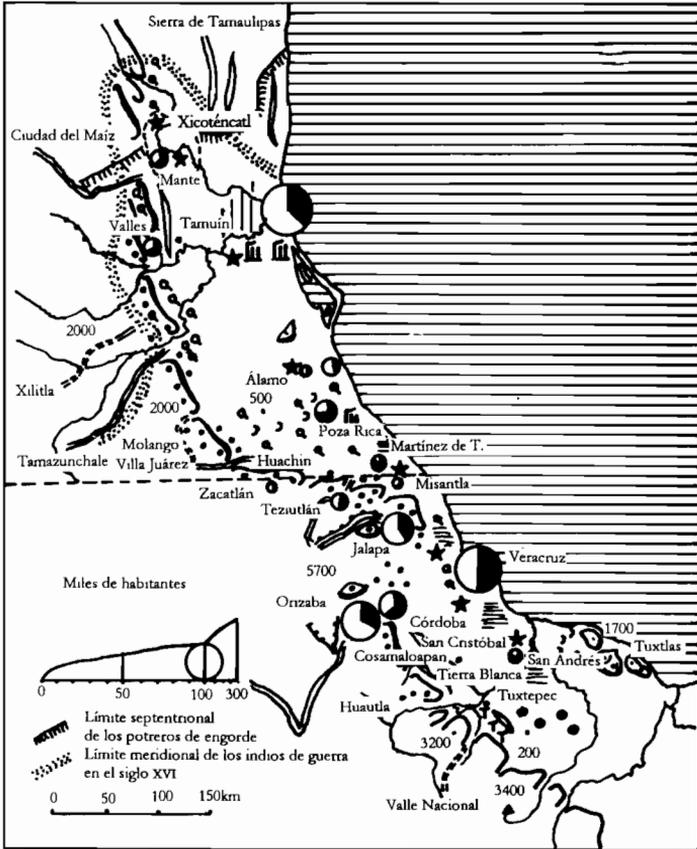
El rompecabezas de las huastecas

Ahora bien, si pasamos los límites del estado de Veracruz, ¿qué vemos, sino otra división entre varias entidades? Volvemos a la discusión planteada al inicio de este texto sólo para recordar la falta de límites y consensos existentes. Tomemos dos ejemplos sobre el norte de Veracruz, el conocido como la Huasteca.

En el primero, Claude Bataillon (1969) se sitúa a gran escala, es decir que considera México en su conjunto federal. Él considera globalmente “la vertiente huasteca y veracruzana, íntimamente soldada al México central, del que recibe poblamiento, iniciativas o encuentra al mismo tiempo un amplio mercado”. Según nuestro autor, comparativamente a la frontera norte de la federación mexicana, que para él tiene cierta unidad, los trópicos húmedos son “un mundo dividido, disperso en pequeñas unidades a pesar de la originalidad común del medio natural... (que es precisamente) el ambiente tropical húmedo [...] Esta región seduce por sus contrastes: tradición indígena

Figura 2

Vertiente huasteca y veracruzana



- Círculos proporcionales con la población de las ciudades en 1960
- Parte negra: crecimiento 1940-1960 (el crecimiento nacional llega a 90%)
- === Carretera revestida o de terracería
- ==== Carretera pavimentada
- +— Ferrocarril
- ⊕ Presa
- ⊖ Explotación petrolera
- ⊙ Pliegues (simétricos)
- ⊖ Farallón
- ⊙ Volcán
- ⊙ Zona de riego
- ⊙ Atroz
- ⊙ Algodón

- ∨∨ Verduras
- T Tabaco
- △ Piña
- △ Henequén
- ∴ Trigo
- || Forrajes (alfalfa)
- ★ Ingenio de azúcar
- Agrios
- Café
- ⌋ Plátanos

Fuente: Claude Bataillon, 1976: 132.

y pozos petroleros, ciudades coloniales y carreteras de penetración... donde se oponen fuertemente sectores bien poblados y otros casi vacíos”. Sobre todo, se oponen sectores con distintas producciones agropecuarias, que difieren al grado de un municipio a sus vecinos en un medio muy variado. Pese a todo, la figura de la vertiente Huasteca y veracruzana que nos propone incluye el sur tamaulipeco hasta Ciudad Victoria, lo que significa que Bataillon no toma en cuenta los límites estatales para la Huasteca que agrega en su diagrama (v. figura 2), centrándose en el proceso que une porciones de Veracruz con otras de Tamaulipas, Hidalgo y San Luis Potosí, y todas jugando en un espacio económico dentro del cual la ciudad de Tampico (Tamaulipas) es considerada como el polo determinante. La fuerza que resalta del esquema es que el norte de Veracruz, a pesar de su falta de homogeneidad, no es más que un apéndice de Tampico, un espacio bajo control de dicha ciudad.

En el segundo ejemplo, Bassols-Batalla (1977) y sus colegas buscan los pequeños detalles, cruzan variables de todo tipo y valor, se empapan de la Huasteca o Huastecas, haciendo divisiones espaciales de muchas categorías. A tal punto, que es difícil reconocer entre los múltiples cortes espaciales aquellas que finalmente prevalecen. Para el grupo de investigación fue un ejercicio sin otro objetivo que subdividir y calificar los subespacios huastecos. Para ellos, la Huasteca está delimitada —como ya lo habían concebido los antropólogos— al sur por el río Cazones (entre Papantla y Tuxpan) y al norte por el río Soto La Marina (más septentrional que Ciudad Victoria), lo que significa ampliamente que el norte de Veracruz no se puede entender, por donde lo veamos, sin sus relaciones con Tamaulipas y las extremidades orientales de otros estados como San Luis Potosí, Hidalgo y, a veces, Querétaro. Esto constituye un primer punto que tiene bastante fuerza: el norte Veracruz, como tal, no se puede analizar dentro de sus propios límites estatales, si intentamos abarcarlo en su totalidad. Todo el deslinde de espacios homogéneos ahí realizado desemboca en una sobreposición que, al extremo, otorga una complejidad casi infinita entre la sierra y la costa, entre el norte y el sur, tanto del piemonte como de la planicie costera, de tal forma que entramos en un fino entramado donde cada pieza tiene su originalidad.

Estos dos ejemplos nos llevan por sucesivos cambios de escala. Dicho de otra manera, entramos poco a poco en un juego que tiene que ver con un mosaico detallado de originalidades espaciales al nivel local. En el norte de Veracruz es difícil poner en relación las variadas escalas estructurales socioeconómicas. Existen por lo menos tres regiones superpuestas en un “país” histórico: la Huasteca, cuyos límites rebasan la entidad veracruzana. Y esas tres regiones se descomponen en varias unidades: áreas, subáreas, geofacies/geosistemas, así tratando de seguir la clasificación que antes presentamos.

¿De qué otra manera pudiera presentarse el norte de Veracruz? Una respuesta tiene que ver con los objetivos que cada grupo social o grupo de presión persigue, grupos que tienen el poder de decisión durante algún tiempo en ciertos lugares como, por ejemplo, las asociaciones de productores (v. figura 3). He aquí otra posibilidad.

Concluyendo: cada quien ve su región según sus preguntas y punto de observación

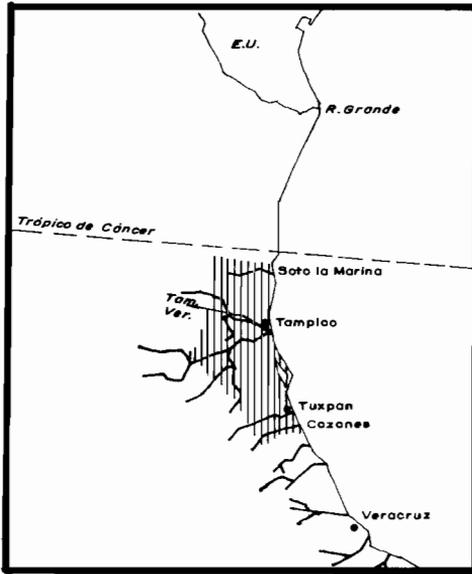
El estado de Veracruz puede aparecer como un conjunto homogéneo desde el punto de vista político, si consideramos que sus habitantes obedecen a las mismas leyes, las cuales repercuten históricamente en el paisaje estatal. Por ejemplo, en lugares de Puebla vecinos a Veracruz, se nota de inmediato en el paisaje que existen leyes diferentes respecto al manejo forestal.

Una asociación coherente de lugares es una unidad espacial. No importa la extensión del espacio geográfico ni lo que fundamente su unidad, sino sólo el momento que ofrece una diferencia global, la representación de otro espacio, de la otredad respecto a los lugares vecinos. Entonces es que estamos realmente ante un espacio geográfico. Y en ese momento lo importante es presentar un conjunto de lugares percibido como tal, sin otra determinación. Un conjunto que se encaja en unidades de rangos superiores y que se descompone en unidades más elementales.

Finalmente, todo parece girar en torno a las preguntas y enfoques que pretendamos dar a nuestros análisis, al nivel de detalle que tengan nuestras informaciones y también al origen espacial que les sustente (informaciones puntuales, lineales, reticuladas); a la magnitud del espacio geográfico que requerimos para centrar el fenómeno, proceso, sistema o estructura que nos ocupa. Cobijamos con parte de esto y caminar en el análisis nos llevará, necesariamente, a entender la coherencia entre un todo y sus partes, entre ese todo y lo demás que le rodea, a señalar las especificidades en función de un juego de escalas cuya pertinencia sólo los lectores de un espacio, unos datos, un momento, tienen que acotar. La región, si lo es, probablemente nacerá o llegará a encontrar su adjetivo compañero. Pero no siempre es así, algunos de los ejemplos antes señalados lo ilustran; y parece que espacios como La Huasteca tendrán, de nuevo, que esperar.

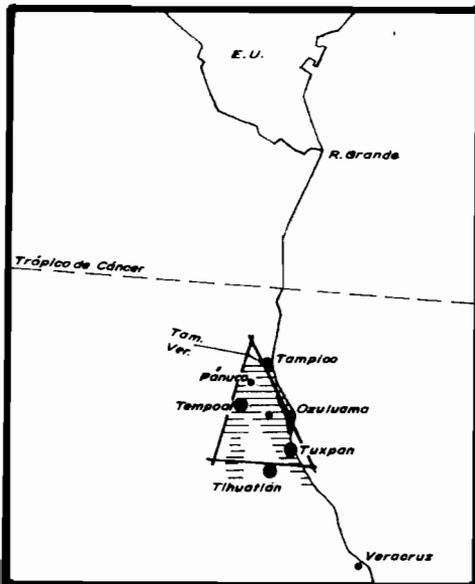
Figura 3

Algunas visiones esquemáticas del norte de Veracruz



EL NORTE HISTÓRICO:
el país de los ríos

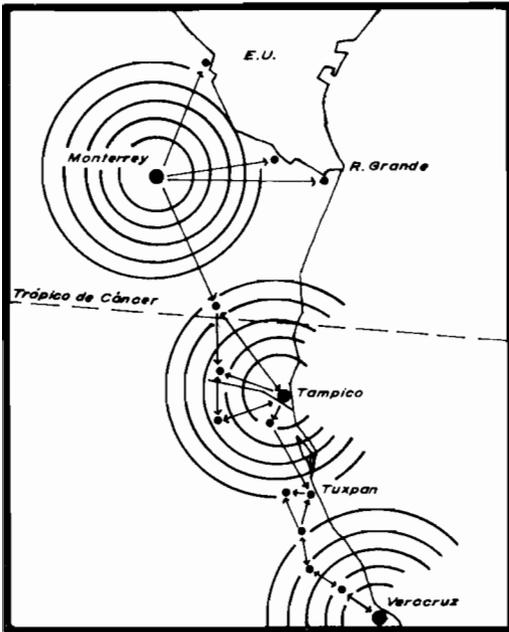
 La Huasteca



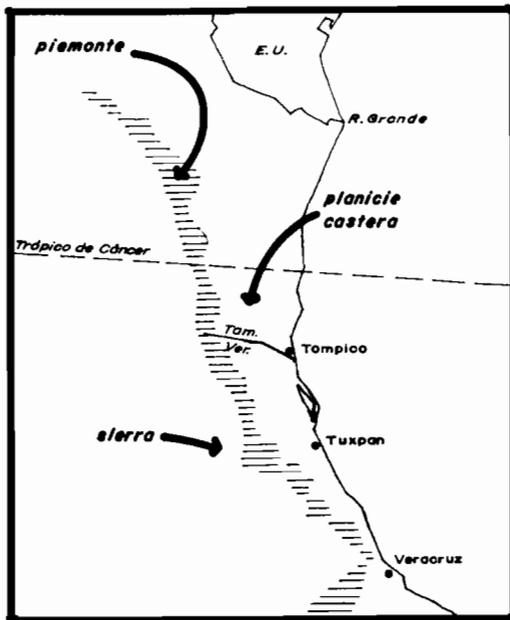
EL NORTE VERACRUZANO
DE LOS GANADEROS

● *centra bancario,*
rancho

 "espacio ganadero"



LAS INFLUENCIAS URBANAS



DIVISIONES NATURALES

Bibliografía

ARIAS HERNÁNDEZ, R.

1973 "Una aproximación al enfoque o criterio integral de región económica", en: *Dualismo* (Xalapa, Veracruz), núm. 4, vol. II, pp. 195-215.

BARRERA BASSOLS, N.

1992 "El impacto ecológico y socioeconómico de la ganadería bovina en Veracruz", en: E. Boege y H. Rodríguez (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en Veracruz*, CIESAS-Instituto de Ecología-Fundación F. Ebert, pp. 79-114, Xalapa.

BASSOLS BATALLA, A.

1990 "Dimensiones regionales de México contemporáneo", en: C. Martínez Assad (coord.), *Balace y perspectivas de los estudios regionales en México*, UNAM-CIH-Porrúa, pp. 93-138, México.

BASSOLS BATALLA, A. (et al.)

1977 *Las huastecas en el desarrollo regional de México*, Trillas, México.

BATAILLON, C.

1969 *Las regiones geográficas en México*, Siglo XXI, México.

BRUNET, R.

1990 "Le déchiffrement du Monde", en: *Mondes nouveaux. Géographie Universelle*, t. 1, Hachette-Reclus, pp. 10-271, México.

CARRILLO D., I.

1993 *Industria petrolera y desarrollo capitalista en el norte de Veracruz* Universidad Veracruzana (Colección Biblioteca), Xalapa.

DOLLFUS, O.

1971 *L'analyse géographique*, PUF, Coll., París.

1973 *L'espace géographique*, PUF, Coll., París.

FORMAN T. T., R. y GODRON M.

1986 *Landscape Ecology*, John Wiley and Sons, Nueva York.

GOUROU, P.

1973 *Pour une géographie humaine*, Flammarion, París. Versión española de 1979, *Introducción a la geografía humana*, Alianza Universidad, México.

- JESÚS ORDÓÑEZ, M. DE y F. GARCÍA-OLIVA
1992 "Zonificación ecoproductiva de Veracruz", en: E. Boege y H. Rodríguez (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en Veracruz*, CIESAS-Instituto de Ecología-Fundación F. Ebert, pp. 31-49, Xalapa.
- JUÁREZ SÁNCHEZ, J.
1975 "Bases para una política regional: la región norte de Veracruz", en: *Dualismo* (Xalapa, Veracruz), núm. 7, vol. IV, pp. 81-112.
- LACOSTE, Y.
1982 "Les deux méditerranées", en: *Hérodote* (París, Francia), núm. 27, 3-15.
- MARCHAL, J. Y. y R. PALMA G. (coords.)
1985 *Análisis gráfico de un espacio regional: Veracruz*, INIREB-ORSTOM, Xalapa.
- ORTIZ-MONASTERIO, L.
1995 "Vivir en el Golfo: Acuerdo de los Estados del Golfo de México", en: *La Jornada* (México D. F.), mayo 13.
- PALMA, R., O. HOFFMANN y J. Y. MARCHAL
1992 "Veracruz-Norte, elementos para un inventario cartográfico", documento interno al programa "Transformaciones de la vida rural y nuevas configuraciones del poder local en el Golfo de México", El Colegio de México-CNRS-ORSTOM, Xalapa.
- PANABIÈRE, L.
1991 "La cuenca de los Huracanes", "El Mediterráneo de las Américas", en: *Alfil* (México D. F.), núm. 10, IFAL, pp. 4-7, México.
- SOLÍS FUENTES, J. A.
1982 *Las divisiones regionales del Estado de Veracruz*, Universidad Veracruzana, IIESES, Xalapa.